

Sánchez-Montes entra en la Academia de Buenas Letras por amor a Granada

El catedrático de Historia Moderna repasa en su discurso de ingreso la historia de una ciudad que pudo haber sido y no fue capital del mundo

JOSÉ ANTONIO MUÑOZ

GRANADA. Francisco Sánchez-Montes González, catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Granada, entró en la noche de ayer en la Academia de Buenas Letras de Granada, en un acto solemne que tuvo lugar en el Paraninfo de la Facultad de Derecho. Su discurso, titulado 'Aunque ya faltan Sus Reyes, Su Gran Majestad le basta', fue contestado por la traductora y Premio Nacional Carmen Montes Cano, también profesora del 'alma mater' granadina. El Paraninfo se llenó con personas que acompañaron el ingreso del prestigioso historiador e investigador, autor de numerosas monografías y editor de numerosos volúmenes de investigación y divulgación histórica, amén de uno de los mayores especialistas españoles en la dinastía de los Habsburgo.

Sánchez-Montes comenzó su discurso agradeciendo a los académicos su confianza. De hecho, los tres proponentes de su candidatura han sido personas muy cercanas a él. Tanto José Antonio López Nevot, catedrático de Historia del Derecho y a la sazón presidente de la Academia, como José Ignacio Fernández Dougnac y José Gutiérrez han tenido una estrecha relación con el ya académico en sus diversos destinos no solo docentes e investigadores, sino de gestión universitaria.

Precisamente, quiso destacar estas dimensiones vitales en la primera parte de su intervención, donde recordó cómo «la trama de la vida enredó con el pasado para cuajar en un compromiso docente e investigador dedicado por vocación a la rigurosa narra-



Francisco Sánchez-Montes, a la derecha, durante su discurso de toma de posesión. LUCÍA RIVAS

ción y exposición de los acontecimientos que construyen el edificio de la Historia».

Hizo el profesor memoria de aquella primera charla de su padre a la que asistió siendo un niño, y que versó sobre las dificultades económicas que tuvo el emperador Carlos para sostener sus múltiples querellas, y recordó el aniversario -497, concretamente- de su partida de Granada para no volver nunca más, después de haberla convertido, durante seis meses y seis días, en el centro en torno al cual giró la política europea que el nieto de los Reyes Católicos dirigía con mano de hierro. Una ciudad que fue, por otra parte, la gran protagonista de un discurso en el que

El ya académico recordó la primera conferencia a la que asistió en el Paraninfo y que ofreció su padre

unió sus dos amores: la historia y la ciudad que le vio nacer. Una ciudad cuya capitalidad entró en el olvido en los años 30 de su reinado, cuando empezó a perder peso en favor de las opciones mesetarias. Casi cinco siglos después, sigue arrastrando ese olvido, como el profesor demostró en su completa argumentación.

Así, los granadinos de la época se fueron agarrando, en pri-

mera instancia, a la presunta concepción de Felipe II en la Alhambra para solicitar un favor que les fue negado debido, en buena parte, a la rebelión de las Alpujarras, hábilmente utilizada para considerar al reino como un territorio hostil a la Monarquía.

Leyendas

Los literatos, una profesión que en Granada tiene un amplio predicamento hasta nuestros días, trataron, de todas las formas posibles, de glosar la hermosura de la capital, su fundación legendaria, su fidelidad a la fe verdadera y la pureza de sangre de sus clases pudientes. En homenaje a la dinastía, como recordó, se erigió la Capilla Real, la cual, en pa-

labras de Sánchez-Montes, «plasma de modo trascendente y con la mayor intensidad la unión de Granada con la Monarquía».

Amén de la Capilla Real, otro de los 'méritos' exhibidos por la Granada barroca para hacer gala de su compromiso con los Habsburgo fue la construcción del monumento al Triunfo de María Inmaculada, símbolo de la derrota del islamismo. También la magnificencia con la que se conmemoraron nacimientos como el del príncipe Baltasar Carlos y muertes como la de Margarita de Austria, consorte de Felipe III, así como la del propio rey. En 1624, el propio Felipe IV giró visita a una ciudad que conservaba la Real Chancillería como vestigio de un pasado en el que, ya entonces, se recreaba una nobleza que atisbaba el declive de la urbe. Con todo, aún hubo tiempo para prestar dinero -20.000 ducados, una fortuna- por amor y lealtad a un rey que nunca devolvió, en manera alguna, esta confianza. Como destacó Sánchez-Montes, «en ingenua contradicción, la presencia del rey incentivó el ideal de rescatar a la capitalidad perdida, lo cual se plasmó en el arreglo de diversos lugares de la ciudad».

En este sentido, destacó que la aristocracia granadina, ajena a la realidad, ofreció una «mascarada» que hizo la ciudad toda lucidísima y rica, utilizando para ello el significativo espacio de la plaza Bib-Rambla, eje de todas las celebraciones y marco de la arquitectura efímera barroca. Su Casa de los Miradores, perteneciente al Cabildo, fue arreglada y ornamentada con una grandiosa escalera para subir al mirador de la ciudad dorando los balcones, y colocando una inscripción en alabastro conmemorativa de «la venida de Su Majestad el Rey don Felipe Cuarto nuestro señor».

Granada, la de ayer, la de hoy, la de siempre, esa ciudad a la que 'Aunque ya faltan sus Reyes, Su Gran Majestad le basta', esa ciudad deudora de un pasado al que acompaña la lectura del tiempo, fue el objeto de un discurso muy bien hilado, al que, en su respuesta, la traductora Carmen Montes se refirió como «un excelente profesor que ha sabido combinar docencia e investigación, y que prestigia con su presencia a esta institución».